

Méjico, la division Alvarez, la brigada Zuloaga, Ghilardi, Traconis, Villareal y otras, así como para varios gastos extraordinarios de guerra, se habian gastado en solo el mes de Enero, 458,105 duros, 23 céntimos. Si á esta suma se agrega, como se debe agregar, la de 44,910 duros, 75 céntimos que costaron las trincheras levantadas en la capital, tendremos una suma de 503,015 duros, 92 céntimos, invertidos para sofocar aquel nuevo movimiento que tantas vidas y sacrificios debia costar á la nacion.

Aunque la toma de Puebla por las tropas disidentes habia alarmado al gobierno, creyendo que Haro se dirigiria inmediatamente sobre la capital, pronto se tranquilizó al notar la inaccion en que permanecia, y no dudó ya del triunfo cuando recibió la noticia de que el general Don José Lopez Uruga, que andaba sublevado en la Sierra Gorda, habia sido hecho prisionero con toda su oficialidad, el 19 de Febrero. La causa de este golpe la motivó el haberse puesto á disposicion del gobierno el dia 6 de Febrero, los jefes Don Tomás Mejía, Don Francisco Padilla, y Don Antonio Montes Velazquez que hasta entonces habian secundado el plan de Uruga. Este, al caer prisionero, manifestó que habia renunciado á toda actitud hostil desde el 6 de Febrero, en cuya fecha se habia puesto á disposicion del gobierno en el pueblo de Tauchinol.

1856. Terminada así la revolucion de la Sierra Gorda, el general Uruga fué conducido preso al departamento de Guerrero, no teniendo el gobierno mas enemigo que el que se hallaba en Puebla. Comonfort, anhelando dirigir él mismo la campaña contra los sublevados, abrió las sesiones del congreso constituyente el 18 de

Febrero, y once dias despues salió de la capital con direccion á Puebla, para ponerse al frente de las tropas que iban á operar sobre la plaza.

La permanencia de D. Antonio Haro y Tamariz en Puebla, habia llamado la atencion de todos. Ninguno dudaba de que, si en los primeros dias se hubiera dirigido sobre la capital, esta no habria tenido otro remedio que abrirle las puertas. Se ha dicho despues, que la falta de accion provino de la confianza en que estaba de que su plan seria secundado por los gobernadores de los Estados y por todos los jefes que habian servido á Santa-Anna. Pero su esperanza salió fallida. Unicamente unos cien hombres que guarnecian el castillo de San Juan de Ulua, capitaneados por un oficial apellidado Salcedo, se pronunciaron el 12 de Febrero en la noche por el plan de Zaca-poaxtla, reduciendo á prision al comandante del castillo y á otros jefes que se negaron á tomar parte en el movimiento. Sin embargo, aquella sublevacion no fué secundada por la guarnicion de la plaza de Veracruz, como habian esperado los del castillo, y esto alarmó bastante á los sublevados. El gobernador y comandante general D. Ignacio de la Llave, con el fin de evitar que siguiesen el ejemplo de los del castillo algunos otros soldados, dictó medidas acertadas que hacian imposible un nuevo conflicto. La guarnicion de Ulua se mantuvo en la misma actitud hostil hasta el 21 de Febrero, en cuyo dia, ganados los soldados por un sargento que les hizo comprender la mala posicion que guardaban, hicieron la contra-revolucion, poniendo presos á Salcedo y á los autores del primer movimiento.

Comonfort que habia salido de la capital el 29 de Febrero, á las doce del dia, se encaminaba hácia Puebla con la confianza en el triunfo. El comercio y la agricultura que habian sufrido horriblemente en aquellos dos meses de inaccion, anhelaban que terminase pronto una lucha que, como todas, no habia proporcionado al país mas que ruina y desolacion. La vanguardia del ejército del gobierno situó el 1.º de Marzo su cuartel general en Texmelucan, de donde se alejó la vanguardia de los disidentes, y poco despues se colocaron todas las tropas de Comonfort en las llanuras del valle de San Martin Texmelucan, á distancia de siete leguas de Puebla. El presidente mandó levantar algunas fortificaciones en el pueblo, como punto que debia servir de base á las operaciones; y despues de haber transcurrido siete dias en reconocer el terreno y disponer todo lo necesario, dió orden para que el ejército emprendiese su marcha sobre Puebla. Se componia este de tres divisiones de infantería, mandadas por los generales Parrodi, Zuloaga y Moreno, una de caballería á las órdenes del general Portilla, y una columna móvil, mandada por el general D. Luis Ghilardi. Este ejército llegó á la una de la tarde del mismo dia 7, á tres leguas de Puebla, y se acampó, formando una línea de batalla, de la manera siguiente: La division mandada por D. Antonio Parrodi, compuesta de tres brigadas, apoyaba la derecha en la loma llamada

1856. Puerto de Montero; la brigada del gobernador de Guanajuato D. Manuel Doblado, ocupaba el centro en la suave altura donde está situado el pueblecito de San Francisco Ocotlan; y la brigada de Don Félix Zuloaga, ocupaba la izquierda en la planicie de la hacienda de San

Isidro. En la de Santa Inés se colocaron la brigada de don Luis Ghilardi y la division del general Moreno; y en el pueblo de San Miguel Xostla, que se eligió para cuartel general, se situó la caballería al mando del general Morlet. Todas estas tropas tenian la orden de avanzar el dia siguiente, muy de mañana, sobre Puebla; pero se les advirtió, al mismo tiempo, que vigilasen sin descanso durante la noche, por si los disidentes intentaban un ataque durante la oscuridad, ó al rayar el dia. La noche se pasó sin alteracion ninguna; y al brillar la primera luz del dia 8, todo el cuerpo de ejército estaba dispuesto para continuar la marcha hácia la ciudad ocupada por las tropas sublevadas. Ya se preparaba á emprender su avance, cuando las fuerzas disidentes se presentaron divididas en cinco columnas, apoyadas por su caballería.

Eran las siete y media de la mañana. Las tropas del gobierno al avistar á sus contrarios, se prepararon á recibirle. De las cinco columnas en que se presentaron divididos los disidentes, dos, mandadas por Oronoz, Miramon y Solís, avanzaron con rapidez y á paso de carga, sobre la derecha que ocupaba la division Parrodi, apoyadas por una fuerza de caballería á las órdenes del coronel Guillen, mientras las otras tres, llevando al frente á D. Luis Osollo y á Aljovin, atacaban el centro en union de otra fuerza de caballería mandada por Bastos. A las ocho menos cuarto, la artillería de los disidentes anunció el combate; los cañones de las tropas del gobierno contestaron inmediatamente; y un cuarto de hora despues, se empeñó la mas encarnizada y dolorosa lucha, cuyas escenas desgarradoras eran doblemente sensibles, puesto que se verificaban

entre hijos valientes de un mismo país, que, llenos de valor sí, pero cegados por las pasiones políticas, inundaban de sangre el rico suelo de la república mejicana. ¡Oh! funestas guerras civiles, vosotras habeis sido la causa única de que el suelo mas privilegiado de la tierra; el que pudiera ser el paraíso del mundo, el oasis de la exuberante América, no haya desarrollado todos sus inagotables tesoros de riqueza, para presentarse como la nacion mas dichosa de la tierra! ¡Méjico, yo que aunque no he nacido en tu suelo, he vivido en él los años mas felices de la edad del hombre; yo que he podido apreciar la bella índole de tus hijos; yo que no tengo mas que motivos de gratitud para los hombres de los diversos matices políticos que han regido tus destinos; yo que te amo como sabe amar el corazon de un español agradecido; yo no puedo escribir sin conmovirme, sin sentir que se anubla mi vista con el llanto que el sentimiento hace asomar á los ojos, las tristes escenas de esos dias de lucha en que las discordias civiles han armado el vigoroso brazo de la mitad de los ciudadanos contra la otra mitad, debilitando así la fuerza de la hermosa patria en que todos vieron la luz!

1856. Perdóneme el lector esta ligera digresion consagrada á un país de quien me separan dos mil leguas de distancia, y en el que no he recibido durante mi larga permanencia en él, mas que motivos de profunda y justa gratitud. Mas no se crea que porque en mi alma existe ese afecto íntimo de cariño hácia el país cuya historia relato, dejaré de trazar con exacto pincel y verdadero colorido los hechos que se han operado durante el período que me he propuesto presentar, para dar á conocer las evoluciones políticas que en él se han efectuado.

Emprendida la lid á las ocho de la mañana, parte de las columnas de los disidentes atacaron con ímpetu indescripible el Puerto Montero, donde se hallaba la brigada del general D. Miguel María Echeagaray, á la derecha del pueblito de Ocotlan, sobre el frente de San Martin, cargando con el mismo arrojo sobre el centro. El combate se hizo terrible y sangriento, luchando con igual valor los jefes y soldados de una y otra parte. Las columnas de los pronunciados se adelantaron con admirable serenidad hasta llegar á sesenta pasos de la línea de sus contrarios, arrojándose intrépidamente sobre sus cañones; pero éstos fueron disparados entonces, y su fuego mortífero de metralla, y las descargas de fusilería con que fueron recibidas, barrió una gran parte de su caballería, abriendo grandes claros en la infantería. Destrozada así la fuerza que atacaba la posicion defendida por el general Echeagaray, se retiró á tiro de fusil para rehacerse, suspendiendo en tanto por aquel lado el combate. El ataque por aquel punto habia sido impetuoso, y costó á los asaltantes, sensibles pérdidas. «El fuego de cañon fué mortífero:» decia el general Echeagaray al dar parte de lo que habia pasado en el sitio que defendia: «mi alma se conmovia al ver los estragos que causaba en columnas de mejicanos: mejicanos, señor, que ponen á sus compañeros en el conflicto de disparar contra amigos y parientes. El cadáver mas inmediato que se encontró fué el del oficial enemigo Porras. En esta columna venia un hermano mio.»

Mientras así un hermano rechazaba á otro, y la sangre de amigos y parientes, colocados en opuestos campos, corria en abundancia, las columnas disidentes que habian

atacado el centro, acometieron con tal ímpetu, que, aunque destrozados por la metralla, lograron introducir el desorden en algunos cuerpos de la guardia nacional que, nuevos en el manejo de las armas, tuvieron que ceder ante la instrucción y disciplina de soldados veteranos, dispersándose por la llanura de la izquierda, logrando con esto los disidentes hacerse dueños del cerro, de cuatro piezas de artillería, y hacer prisionero al batallón ligero de Guanajuato. El general Don Angel Trias, al ver que los que defendían aquella parte del centro cedían, procuró contenerlos. «Cuando ví,» dice en el parte que dió, «que nuestras tropas que guarnecían aquel punto flaqueaban, dí orden para acudir á él, y poniéndola en ejecución mi segundo en jefe D. Pascual Miranda, que se hallaba á mi lado en aquel momento á retaguardia de nuestra infantería, se le mandó formar en columna para hacer aquel movimiento; pero el batallón de rifles, de guardia nacional, por falta de disciplina, no supo comprender la importancia de aquel auxilio, ni pudo hacer el movimiento, á pesar de nuestros esfuerzos y de mis ayudantes de campo, sino por el contrario, comenzó á desbandarse en su mayor parte, por cuya causa mi segundo en jefe, con algunos de mis ayudantes y algunos jefes y oficiales de mi mismo cuerpo, se ocuparon de contenerles sin poderlo lograr.»

1856. Aunque dueños los disidentes de la eminencia de Ocotlan, no por esto dejó de ser menos terrible la resistencia que encontraron en todas partes. Rechazados en la posición de la derecha, no obstante sus obstinados esfuerzos, destrozada su caballería á metrallazos por

dos veces, contenidas sus columnas de infantería en la falda de las dos posiciones amagadas, viendo sembrado el campo con mas de doscientos muertos de sus mejores soldados, heridos muchos de sus valientes jefes, entre ellos los coroneles D. José Diaz de la Vega y D. Manuel Aljovin, viéndose fatigados de cansancio y sin esperanza de alcanzar el triunfo sobre las numerosas fuerzas que les esperaban serenas, salió de sus filas el toque de corneta *alto fuego*, que fué contestado con otro igual, por toda la línea ocupada por las tropas del gobierno. Eran las diez y media cuando se escuchó ese toque, por el cual se suspendía aquella sangrienta lucha; pero no sin que lograrse aun evitar una víctima. Esta fué el general Avallós, del gobierno, que combatiendo en el punto mas peligroso del centro, no bien mandó cesar el fuego, cayó mortalmente herido por uno de los últimos disparos de los disidentes.

Suspendidas las hostilidades, el general Don Florencio Villareal, segundo en jefe del ejército del gobierno, se acercó á las filas disidentes que tenía al frente, á menos de cien pasos, de entre las cuales salieron algunos vivas al presidente Comonfort. Villareal escuchó aquellas aclamaciones con satisfacción; pero un movimiento fugitivo de una parte de la caballería, le infundió serias sospechas de que algo se intentaba, y sin pérdida de tiempo acudió á la reserva para cortar la retirada al enemigo y obligarle á rendirse. Dando estaba las órdenes que juzgaba conducentes á la realización de su idea, cuando recibió un mensaje del jefe de la rebelión Don Antonio Haro y Tamariz, solicitando una entrevista. Villareal accedió á ello inmedia-

tamente, pues la multitud de cadáveres que yacian en la línea de los disidentes y la deplorable posicion de sus tropas, le hicieron concebir la halagüeña esperanza de un término favorable. Pocos instantes despues, Don Antonio Haro y Don Florencio Villareal, llegaban, casi al mismo tiempo, á un sitio intermedio, para donde se habian dado la cita, acompañado cada cual de varios jefes de su mayor confianza. Ambos caudillos lamentaron las consecuencias horribles de la guerra civil, y convinieron en que era preciso poner término á ella. Cuando se hallaban ocupados en deplorar los males que á la república resultaban de la desunion de sus hijos, se presentó en el campo el presidente Comonfort. El general Don Florencio Villareal puso entonces fin á la conferencia, diciendo á Don Antonio Haro que iba á poner en conocimiento del jefe de la nacion lo que pasaba, y á pedirle que le concediese al expresado Haro la entrevista que le indicó anhelaba tener con el presidente. Villareal partió entonces á comunicar á Comonfort todo lo acaecido, y Don Antonio Haro se retiró á su campo, dejando al teniente coronel D. Agustin Iturbide en las filas del gobierno para que con él le enviase la respuesta D. Ignacio Comonfort. Este no vaciló en acceder á los deseos manifestados por Haro, y por medio del expresado Iturbide, le hizo saber que estaba dispuesto á tener la conferencia que solicitaba. Haro y Comonfort se reunieron á la hora convenida, en el mismo sitio en que el primero habia conferenciado con Villareal; y allí, á la sombra de un árbol, á orillas del camino, y en medio de los campamentos contrarios, se ocuparon largamente de los destinos de la patria, y de lo

que mas conveniente fuera hacer. Nadie ha llegado á saber lo que en la larga conversacion que tuvieron, hablaron aquellos dos caudillos, unidos por la santa amistad, y separados por la funesta política. Lo único que llegó á conocimiento de todos es que, D. Ignacio Comonfort concedió al jefe del bando contrario un armisticio de dos horas, garantizando la vida á éste y á todos los jefes y oficiales, así como á toda la division, en caso de que en ese tiempo se resolviesen á ponerse á disposicion del gobierno. Don Antonio Haro y Tamariz manifestó que no podia resolver por sí solo en aquel asunto delicado, y que, por lo mismo, pedia se le concediese una hora mas para poder celebrar con los suyos una junta de guerra. Comonfort obsequió el deseo de su antiguo amigo, y, en consecuencia, Haro se dirigió á conferenciar con los generales y jefes de su partido. Durante este armisticio y la anterior conferencia, los disidentes se llevaron del cerro de Ocotlan que, durante la accion habian tomado, al batallon ligero de Guanajuato y cuatro piezas de artillería, que como he dicho, habian caido en su poder.

Viendo el presidente Comonfort que el tiempo fijado para la contestacion habia pasado, envió al general Langberg, jefe de su estado mayor, á exigir de Don Antonio Haro la resolucion y á pedirle que restituyese las cuatro piezas de artillería que se habia llevado del cerro de Ocotlan, así como la gente que componia el batallon ligero de Guanajuato. El comisionado de Don Ignacio Comonfort llegó al campo enemigo solicitando la respuesta categórica de lo que habia dispuesto; pero conociendo que se tra-

taba de entretenerle para ganar tiempo, y observando algunos movimientos que indicaban una retirada secreta, volvió á su campamento, donde hizo saber al presidente que los sublevados habian levantado el campo y que se retiraban hácia la ciudad de Puebla. D. Ignacio Comonfort dictó algunas órdenes para que se les persiguiera; pero ya fué imposible alcanzarles. Sin embargo, una parte de la fuerza destacada en su persecucion, consiguió descubrir un ardid de guerra de que habian echado mano los disidentes y que hubiera podido causar graves daños á las fuerzas del gobierno. El ardid á que me refiero era una mina que los sublevados habian colocado en el puente de Méjico, y cuyo ramal descubrió el general Moreno, al ir en persecucion de los que se encerraron en la ciudad: ramal que hizo cortar inmediatamente, así como por su aviso se destruyó por completo el dia 9 la mina.

Triunfante en Ocotlan el ejército de Comonfort, avanzó en la misma tarde del 8 sobre Puebla, á cuyas inmediaciones acampó en las primeras horas de la noche. Encerrados los disidentes en Puebla, y cercados de 20,000 hombres, pues á este número ascendió la fuerza del gobierno en los dias en que sitió la ciudad, la cuestion de rendirse los primeros era de mas ó menos tiempo, pero segura. Los 3,500 hombres con que se presentaron á combatir al gobierno, habian disminuido en casi una tercera parte con las pérdidas sufridas en la batalla de Ocotlan, y la resistencia, por heróica que fuese, no podia proporcionarles mas que nuevas y terribles desgracias. Con efecto, sin gente para acudir á todas partes por donde eran amagados, al ir en defensa de un punto que creian sériamen-

te atacado, se encontraban con que habia sido un asalto simulado, para apoderarse de otro sitio que no les era posible sostener. Así cayeron en poder de los sitiadores el convento del Cármen, la puerta llamada de Cholula, y otros puntos; pero no sin haber corrido mucha sangre de una y otra parte. El 11 abandonaron los sitiados los fuertes de Loreto y de Guadalupe, que fueron ocupados por los sitiadores, y se reconcentraron en la ciudad. El valor de los que atacaban así como el de los que se defendian era digno de elogio, y solo era de sentirse que se emplease en la destruccion entre sí de los hijos de un mismo país.

1856. Comonfort, anhelando impedir la salida de ninguno de los jefes disidentes, tomó grandes precauciones, y fué reduciendo poco á poco el terreno de defensa de los sublevados. Con la prudente táctica que habia adoptado, y con los numerosos batallones de que disponia, su avance era firme y al abrigo de todo revés. Así fué estrechando á los sitiados sin descanso; y el dia 14 de Marzo logró tener establecida una línea perfecta de circunvalacion, desde donde los sitiadores podian lanzar una lluvia de balas y de bombas sobre los disidentes. Queriendo evitar Comonfort á los pacíficos habitantes los estragos de las armas dispuestas á arrojar la muerte á todos los puntos ocupados por los sitiados, hizo que se enviase una comunicacion á D. Pánfilo Galindo, jefe de la plaza, manifestándole que hiciese saber á los vecinos inermes, que se iba á romper el fuego, y que podian salir de la ciudad antes de que la lucha empezara. La comunicacion, despues de invitar á que los sublevados reconociesen al go-